

CEUTA TIENE MIEDO

Aún conserva entre sus muros los ecos de los presidiarios, perennemente humedecidos por los vientos del Estrecho. Puente y división entre Europa y Africa, Ceuta—Septa, Abylá, Eptadelfos, de la trabajada historia mediterránea— duda ante su futuro. Encerrados en unas breves colinas, sus habitantes recorren el carrusel, en lujosos automóviles, del perímetro exiguo peninsular. Ceuta es, posiblemente, para el viajero un punto obligado de meditación. Vinculada su suerte a Melilla, pero inmersa en otro juego económico por su posición estratégica, la antigua ciudad-prisión se manifiesta incoherente y dinámica. Es un gran zoco en el que todo se negocia, hasta el porvenir.

FERNANDO GONZALEZ

ANTE el desgastado muralón que separa la antigua isla-prisión—en lo más angosto del istmo de Ceuta— del continente africano, el viajero teme ingenuamente encontrar de nuevo a un Conde Don Julián que permita el paso masivo de las gentes del Islam a la Península. La situación, sin embargo, es a la inversa. Cientos de marroquíes regresan de Europa, en un agosto recalentado por el levante, a sus casas para celebrar los ritos pascales del Ramadán. El temor se disipa, además, ante la agilidad comercial que desarrollan los componentes de la comunidad ceutí, entre las faldas del monte Hacho (El Hach, "peregrino", que junto con Gibraltar constituyen las columnas de Hércules de los clásicos) y los más lejanos tenduchos del Morro y Hadú. Los que sí han tomado la plaza de Ceuta son los fabricantes japoneses. El pulso de la ciudad, la más al Norte de Africa, es eminentemente comercial. Ceuta, angustiada por su futuro, se presenta impudicamente al viajero como un gigantesco bazar japonés.

Ya en las primeras horas de la mañana, en las cercanías de la playa del Tarajal, el viajero se puede ver envuelto por la barahúnda que forman las reatas de burros penetrando por la única frontera con Marruecos. Camionetas, triciclos y largas caravanas de caballerías sobrecargadas con dobles alforjas de esparto, esperan pacientemente los premiosos trámites—"la papela"—para descargar su mercancía en los mercados ceuties. Desde Restinga, Castillejos, Anyera, Fondak e incluso Mdlk, cientos de cabaleños, en una visión de evidente valor retro (chilaba ralda, amplios zaragüelles deshilachados y turbante formado con retazos de toalla o sombrero de paja), acercan a Ceuta verduras, carne, huevos y pescado. Suministran una inabarcable sucesión de cestillos y espuelas en los que los ceuties—los *caballes* según su legendaria autodefinición— encuentran su aprovisionamiento diario. Es este un carácter definitivo en la personalidad de la antiquísima Sebta, la dependencia.

Por uno de sus costados marítimos, el del Estrecho, recibe Ceuta una masa informe de compradores ávidos del reloj, la Yashica o el compact de cassettes y radio. Los

grandes carteles anunciando las ventajas del Fujicolor o la supremacía de Orient, han taponado virtualmente cualquier hueco ciudadano. La amalgama de los compradores europeos, los vendedores de productos de la tierra marroquí, los traficantes—indios, judíos y españoles— y la gran industria japonesa constituyen la esencia y, posiblemente, razón de ser del actual puerto franco de Ceuta. Si alguno de estos factores fallase, la estabilidad de la pequeña península se vería serisimamente afectada.

Como reverso de Gibraltar, Ceuta es una ciudad peligrosamente abierta. Ello implica inevitablemente una serie de cargas y lastres que, en ocasiones, sobrepasan a los beneficios. Ceuta es un conglomerado colorista de muy diversos sectores sociales. Junto a un descarado origen fascista de ciertas clases dominantes—la influencia de las *Falanges de Marruecos* a partir de 1936 es decisiva—, existe una solemne oligarquía comercial cuyos vericuetos de conexión con los indios y "hebreos" están aún insuficientemente estudiados. Tras un gran salto descendente aparece una categoría de ciudadanos vinculados férreamente a la Administración. Orgullosos de su cargo, en una concepción colonial evidentemente trasnochada, utilizan generalmente el pluriempleo dentro de las diversas ramas del Servicio Público (físicamente se identifican por su uniforme "civil", guayabera, gafas Ray-Bann, bigotillo y cierto aire insolente).

Las familias de los indios propietarios de los principales establecimientos de venta de "productos orientales", no están plenamente

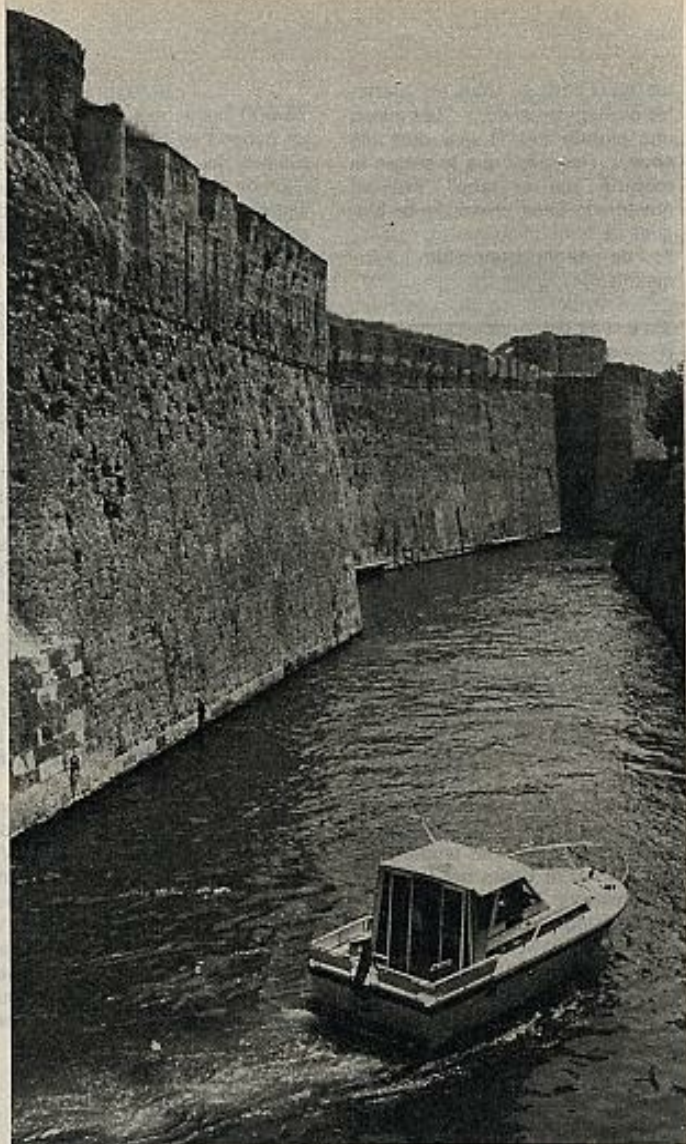


La ciudad es un gigantesco bazar japonés.

integradas en la población. En realidad, es fácilmente detectable en el ambiente **caballa** un racismo que se manifiesta descaradamente en la terminología local. Es un racismo poco coherente, pero que desemboca en un desprecio manifiesto sobre los marroquíes a los que se sigue denominando "moros" como en la guerra civil o en el Protectorado, finalizado en 1956. Los **Indios** (replegados a Ceuta, Melilla y Canarias tras la independencia de Marruecos) son más tolerados —por su **status** económico— que los "moros", pero en un grado inferior que los "hebreos". La comunidad judía de Ceuta es poderosa. Nombres como Benoliel, Bentata, Barchilon, Cohen, etc., son decisivos en el suministro a barcos en el puerto franco, importaciones, ventas e incluso financiaciones de créditos a comerciantes locales.

—"Los hebreos tienen una jartá de pasta"— aseguran en cierta medida orgullosos los **caballas**. Y es que en Ceuta, donde todo se compra o se vende, el "triumfo comercial" es la mejor ejecutoria de nobleza.

Un sector decisivo en la marcha de Ceuta es su, eminentemente sufrida, población obrera. A caballo entre el subdesarrollo y el hermetismo, se hacinan en barridas como el Sarchal, algunos lugares de Hadú —donde conviven con los musulmanes mejor situados— o en las barracas cercanas al Chorrillo. El chabolismo es endémico en la península africana. "Aquí tenemos un alcalde falangista, como el presidente Suárez", afirman en las barracas abiertas al mediodía, en el Sarchal, a sotavento de una cortada del Hacho. El alcalde Sotelo es



Las murallas de la antigua ciudad-prisión delimitan aún el casco antiguo de Ceuta.



El racismo, derivado de una situación absurdamente colonial, aflora en cualquier conversación. En la fotografía, el paseo de la Marina y, al fondo, el Hacho.

falangista, como el anterior, Zurrón, y como otros desde que, pistola en mano, tomaron en 1936 la Capitanía General. Carentes en su mayor parte de un claro sentido político, los obreros ceutíes han de sufrir las consecuencias de ser la mano de obra aislada en una ciudad-bazar.

En Ceuta, además y sobre todo, existen los militares. Como institución y como clase. Nada es concebible sin la presencia del Tercio, o de Regulares N.º 3, o Regulares N.º 1 por ejemplo. La plástica ciudadana está inmersa en la permanente presencia de legionarios —"leñías"—, regulares o quintos paseando —y consumiendo— por la interminable calle Real que, naturalmente, se llama de José Antonio Primo de Rivera. Hay incluso en el peculiar léxico **caballa** —reforzado de ceceo y atrozmente entrecortado— la incorporación de terminología castreña como resultado de la prolongada convivencia. Es frecuente, en cualquier callejuela próxima a la calle Real —todas con nombres históricamente expresivos, como Millán Astray, Teniente Ruiz, etc.—, oír el cornetín de órdenes llamando "a fajina" o ver el paso de un pelotón —cetme en ristre— ir "a relevar una guardia" en cualquiera de los cuarteles o dependencias militares que jalonan la ciudad.

En el gran mercado ceutí, revuelto entre tecnología japonesa y vegetales marroquíes, la **grifa**, el **kiffi** o el **hashish** tienen un destacado lugar. A nadie asombra encontrar, al atardecer, grupos de jóvenes —algunos extranjeros— "largar un petardo" o "vacilando con un porro", en la plaza de Azcárate, en la Marina o en el heterogéneo distrito de Hadú. "Ahora se lleva más la grifa que la priva", aclara un vendedor de todo lo imaginable en el Morro. En realidad, el consumo de alcohol —el whisky es, como las bebidas importadas, fracamente barato— ha sido sustituido lentamente por las hierbas, que se introducen desde las lejanas montañas de Ketama, en Marruecos. Un kilo de **grifa** tiene, en el mercadillo negro ceutí, una cotización próxima a las mil pesetas. En Tetuán —blanco y en permanente decadencia tras su ficticio esplendor colonial— apenas llega a quinientas. Un paraíso para los "fumadores" que los **caballas** han aprovechado con su inveterada competencia mercantil.

Si el viajero situado en las zonas visitables de Ceuta pretende conocer algo más que lo que se le muestra espontáneamente, puede observar una reticencia generalizada difícil de explicar. "¿Er Príncipe?, allí no hay ná, cuatro moracos que viven como los animales...". Los taxistas tienen instrucciones severas de la "autoridad" para evitar esa barrida a los turistas. El barrio del Príncipe se halla recostado en unas colinas colgadas sobre la frontera del Tarajal. El acceso más sencillo es a través de una desviación de la carretera del Serrallo, salpicada de instalaciones legionarias. En primer

término, una fuente, "la fuente", única en todo el barrio que pueda albergar a unas ocho mil personas. Limitado por la carretera, El Príncipe se encuentra enfrentado con las viviendas para cabos de la Legión (unas edificaciones bajas, que más parecen galpones). Son, no obstante, los únicos que poseen paredes sólidas y estables. El resto del barrio —latas, chapa y maderas— está pobremente habitado por "moros" y algún español marginado.

Ante "la fuente" se alarga una cola en la que los niños, desde primeras horas, aguardan reservando el turno para sus madres. Hay harapos, chilabas, toallas rayadas características de las cábilas próximas a Tetuán, moscas, suciedad, escombros y desperdicios abandonados en el contorno de las barracas. En El Príncipe no hay ni alcantrillado ni agua. Las familias sobreviven trabajando alguno de sus miembros en la construcción o chalanando. Una definitiva barrera racial los separa del resto de los **caballas**. Un sordo rencor se centra sobre esos "moros". Son los parientes pobres "del posible "invasor". Algunos residían en El Príncipe desde su fundación por Alfonso XIII. Otros llegaron cuando la independencia, creyendo que Ceuta también sería del reino marroquí y resultaría fácil ocupar las casas que dejaban los españoles, como sucedió en ciertos edificios de Tetuán. Atrapados inesperadamente en un enclave, sirvieron de *lumpem* donde las más de las veces han tenido que trabajar por la comida. En los últimos años la penetración de marroquíes de las cábilas próximas ha sido notable. Sólo necesitan "la papela" —una tarjeta de residencia que les da la Guardia Civil— para levantar, con restos de bidones y cañas, un chozo en el que alojar a la numerosa familia. En El Príncipe —cantera de mano de obra barata y sumisa— se desconoce la higiene o la Seguridad Social.

—"¿Los moros? A ezo les daba yo lo que morocen"— responden frecuentemente los **caballas** cuando se les plantea el problema de El Príncipe—. "Ocupan la Beneficencia y la Crú Roha, y cuando los cojen robando los ponen en la frontera pero vuelven a entrar, chiquillo e una plaga".

El racismo derivado de una situación absurdamente colonial aflora en cualquier conversación. No hay diálogo posible para el viajero respecto a la cuestión marroquí. Y, sin embargo, tras todo un decorado arrogante, el **caballa** tiene miedo. "Ya ze vio en er Zahara, er día menos penzado te venden en Madrid", afirman. Inseguro respecto a un futuro próximo, el **caballa** teme a la inversión en tierras o en pisos. Hay, por tanto, una considerable escasez de viviendas que el Estado intenta paliar edificando bloques de endeble presencia, como los que existen frente a la

mezquita antigua, sobre los cuarteles de Regulares N.º 3. "Les ponen una pintura ezterió que dura die años... ¿Después? que lo pinten lo mojamé con er rabo", explican mostrando unas viviendas de bloques de hormigón simples, revestidos de una incierta pintura impermeable.

Sin embargo, en la calle Real, corre el dinero. Algunos comerciantes poseen viviendas lujosas, incluso en las estribaciones del Hacho, lindando con las áreas militares. En el Club deportivo Cas, los **caballas** amarran sus embarcaciones con las que frecuentemente atraviesan los fosos amurallados de la antigua isla. Con gorilla de capitán de yate y las inevitables Ray-Bann patronean aparatosas lanchas de importación, despreciando olímpicamente los desperdicios que la ciudad vierte directamente sobre la muralla. El modelo arquetípico de **caballa** "triumfador" se sitúa en la posesión de una embarcación, dos vehículos —el Mercedes 280 no es muy apreciado, ya que se utiliza como taxi—, casa en el Hacho, Benitez o en cualquiera de las colinillas que asoman al mediodía, y, esencialmente, pisos y apartamentos "propios" en Algeciras o la Costa del Sol. Son los "invasores", como se les conoce en Málaga. Invierten el beneficio elevado de sus ventas de transistores y máquinas fotográficas, de las bebidas o la grifa, en la costa peninsular.

De los aproximadamente 75.000 habitantes de Ceuta, sólo un puñado se sienta en los viejos sillones del Círculo Recreativo de hijos de Ceuta. Acartonados, arrullados por el continuo run-run de sus mujeres que se abanicen sin cesar para ahuyentar las moscas, los "hijos de Ceuta" comentan el último modelo de televisor, el coche —Volvo, Honda, Mercedes (hay aproximadamente 20.000)— que van a adquirir y, sobre todo, sus viajes "a la Península". En la misma calle Real, más arriba, distanciado, está el Casino Militar, con jefes y oficiales jugando al ajedrez o dejando correr el tiempo en una espera indefinida. La "élite" caballesca frecuenta La Hípica —militar— o las instalaciones del hotel de la Muralla, alojado en las piedras que fueron en su día Parque de Artillería y que, en 1859, habían sido reforzadas por los presidiarios que penaban en Ceuta. "Er día meno penzado" —comentan con tristeza— "ze ha de ver a lo moraco, en er hotel la Muralla, como ez tán ahora en er Paradó del Alúm".

El monte Hacho se halla coronado por un pétreo fuerte construido por los portugueses en el siglo XVI. Ante sus murallas —corre la leyenda— perdió un ojo Camoens en una de las defensas desesperadas de la ciudad fortificada. En 1641 se nombró el primer gobernador español, después de que Felipe II ocupara simultáneamente el trono por-

tugués y español. Fenicios, cartagineses, romanos, godos, árabes, portugueses y españoles han ocupado la península estratégicamente situada. Tras los muros del Hacho, de increíble grosor, asentados en sillería labrada por canteros portugueses, se ajoja una prisión militar. Después, se desparraman por las laderas hasta casi los acantilados sobre el mar que rodea al monte, los polvorines, baterías de costa y demás instalaciones defensivas. En un ángulo protegido de vientos existe un restaurante y una discoteca de Serafín Becerra (conocido como "El Camarero", antiguo procurador en la dictadura, y que, al parecer, inició su fortuna realizando viajes como camarero en el viejo "ferry", ya desaparecido, "Ciudad de Ceuta", designado coloquialmente como "La Paloma"). Su emplazamiento polémico despertó las iras de un sector de la población en el momento de su construcción. Se llegó a hablar de que eran terrenos municipales. Pero en Ceuta sólo se habla.

Como contrapunto a la tranquilidad que en Gibraltar manifiestan los **lanitos**, los **caballas** están inquietos. Su experiencia comercial les hace comprender que Ceuta "no es rentable". La carencia de inversión privada obliga a fuertes gastos a la Administración. Cerca de 20.000 hombres mantienen todas las Unidades, Armas y Cuerpos del Ejército. Es significativo que la administración civil y militar conserven el privilegio —como en Melilla— de cobrar el 100 por 100 de sus haberes como "compensación por el alejamiento". Tratamiento colonial inviable en 1977.

—"Zi tenemo que volver a la Península —afirman con cierto pesimismo—, zeremos tan mal recibidos como los **pie-noirs** argelinos en Francia.

En ambientes próximos al poder, se presenta el "caso Ceuta" como algo independiente de Melilla. Se pretende que Ceuta no corra la misma suerte, ya que en Melilla hay inequívocos síntomas de desaliento. Como "si nada pasase" se está intentando en el Chorrillo la creación de una playa artificial cuyo coste sobrepasa los 270 millones de pesetas. Lo que pudiera parecer un síntoma de tranquilidad, es para los **caballas** un mal augurio. "También en Xauen —aseguran— se estaba construyendo un espléndido parador... Lo estrenaron los moros". Tienen presente al Sahara y temen la presencia turística de Marruecos, de la que, paradójicamente, dependen. Cada día aumenta el número de marroquíes que se acerca a Ceuta para adquirir también los consabidos relojes, máquinas de fotos o los enigmáticos "productos orientales". Saben que los "turistas extranjeros" no rechazan el ambiente marroquí (es significativo que los **caballas** no alcancen a comprender cómo el exotismo innegable de Marruecos es un fuerte atractivo para el visitante europeo).



La permanente presencia de los legionarios, los regulares y los quintos, paseando y consumiendo por la interminable calle Real.



Ceuta se despepeza todas las mañanas y abre el tenderete de sus ventas.



El problema de la vivienda en Ceuta está directamente relacionado con el temor a la inversión. En la fotografía, bloques residenciales militares.

Nada más sobrepasar la frontera, en Restinga o Dar Riffien —donde antes habla legionarios, cuna del africanismo español—, se alzan hoteles, apartamentos y complejos residenciales, como **Kabilia** o los hoteles de Cabo Negro.

La penetración consumista del marroquí, algo impensable hace una década, se ha convertido en un factor esencial para la supervivencia de Ceuta. Abocados a una obligada convivencia, los **caballas** continúan rechazando, por ese impreciso sentido colonial de su existencia,

una normalización de relaciones con sus vecinos. Cuando el levante mete neblina en las estribaciones del Hacho, en la "Posición A" o en los bajíos del Tarajal, Ceuta se convierte en una isla irreal, desconectada de África a la que está, a regañadientes, unida por su geografía, e incapaz de sentir su integración en la Península con plenitud.

"Ahí dentro —dicen señalando a las cumbres del Yebel Sodi Mussa o a la sierra de la Mujer Muerta— no dicen ni pío, y cuando la morería no habla es que están esperando

alguna cosa". Se palpa en la tensión existente que las posibles conversaciones sobre Gibraltar afectarán definitivamente a Ceuta. El referéndum gibraltareño proclive a Gran Bretaña sería compensado con el de Ceuta, apasionadamente proespañol. Sin embargo, España —bajo la batuta de Marcelino Oreja, que pretende mantener en teoría una rectilínea política proárabe—, no puede esgrimir ante Rabat el posible referéndum ceutí, pues se vería obligada a aceptar el de Gibraltar. "Negociar, lo que sea;

abandonar, ni pensarlo", asegura sentencioso un comandante legionario, bronceado y con bigote plateado, evidenciando el recorte a punta de tijera. Pese a la protección militar, los **caballas** saben que Ceuta es, como Gibraltar, Melilla o los peñones y las Chafarinas, un problema político.

"Zi les dan Melilla a los moros, podían compenzamo con algo de costa aquí".

Una teoría con cierta difusión es la de que entregando Melilla se "calmarían" las ansias de los marroquíes. La inoperancia de tal afirmación revela, una vez más, el temor subyacente en la vida **caballa**.

Mientras tanto, en la espera de las inevitables conversaciones, la minúscula península africana se despepeza todas las mañanas y abre, ante propios y extraños, el tenderete de sus ventas. En los días festivos decaen las visitas. A diario, masas exaltadas de peninsulares recorren monótonamente la calle Real o la Marina en espera de alcanzar la "ganga". Se aprestan al regateo con los indios, lo que ha obligado a los comerciantes a subir los precios para tener una base sobre la que rebajar manteniendo el beneficio. Al anochecer abandonan sudorosos en los barcos —hay ya más de doce viajes diarios en el verano de diversas compañías— la ciudad, dejando las calles recubiertas de papeles y colillas. Cada extranjero que arriba al puerto franco se ve asaltado por los jóvenes morillos o **caballas** "enteraos", que sirven de cicerones y acercan a sus presuntas víctimas al comerciante que mayor comisión ofrezca. "Los inglese compran, zobre tó la grifa, los franceses relojes, los españole er trazitó y los ruzoz, ¿ezoz?... gaztan meno que un ciego en novelas".

Los domingos los **caballa**, ahogados en su propio territorio, abandonan prejuicios y penetran en Marruecos para acercarse a sus playas mediterráneas. Desde primeras horas de la mañana se forman largas colas que han de sufrir los lentos requisitos aduaneros. Así como en Ceuta son arrogantes, en Marruecos aparecen tímidos y desconfiados. Resaltan las evidentes faltas que la sociedad marroquí, como casi todas las subdesarrolladas, manifiesta. Son incapaces, sin embargo, de alcanzar, y desde luego de reconocer, los aspectos positivos de Marruecos. Con una oligarquía internacionalizada, una clase militar hermética, funcionarios abandonados en el fácil confort del pluriempleo y la paga doble, trabajadores incommunicados con evidentes limitaciones respecto a los peninsulares y finalmente una vida suburbial y despreciada, la de los moros ceutíes, Ceuta, incapaz de analizar su presente, tiene miedo.

F. G. (Fotografías del autor.)